

MAXIMILIANO ROBESPIERRE.

Ningún hecho histórico, desde el advenimiento del Cristianismo hasta nuestros días, tiene la importancia de la Revolución Francesa. Mucho podríamos hablar sobre ella, muchas de sus instituciones y muchos de sus personajes podríamos estudiar; pero de todos los grandes hombres que participaron en ~~el acontecimiento~~ aquel magno acontecimiento, hay uno que ocupa un lugar preferente en la atención de los que lo estudian: uno que encarna en sí toda la Revolución, con sus principios, pensamientos, pasiones y cóleras; uno que por la corrección de sus costumbres recibiera el nombre de el "incorruptible"; uno, enfin, que dominara sin contrapesos durante un período muy largo de aquella sangrienta revolución, que hiciera de todos los demás sus instrumentos y luego sus víctimas: -Ese era Maximiliano de Robespierre.

De un origen humilde, miembro de una familia pobre, pero honrada y respetada, nació Robespierre en Arras. Desde muy temprano se había distinguido aquel joven por su vida estudiosa y sus austeras costumbres. Gran admirador de J. J. Rousseau, su filosofía había penetrado en su clara inteligencia, convirtiéndose en su alma de sectario en un dogma, una ~~fe y un fanatismo~~ *fe y un fanatismo q. defudió durante toda su vida con la fe de un fanático.*

Deseaba Robespierre una renovación del mundo social entonces existente, y cuando se presentó en el escenario de la revolución, era talvez el único que preveía su desenlace. Sin embargo, por sus apariencias externas, su origen y su genio hasta entonces ignorado, nada había en aquel hombre que lo designara a la atención de los demás.

La personalidad de Robespierre es digna de ser estudiada con algún cuidado. Su vida es la prueba más elocuente del desinterés de sus pensamientos. Habitaba en casa de un artesano llamado Duplay, que compartía con sus ideas revolucionarias y que lo agogia en su hogar como a un miembro de su familia. Allí vivía pobremente por su propia voluntad, y en ello consistía su mérito. Un tierno sentimiento de afecto, ~~hacia una de las hijas de M. Duplay~~ hacia su existencia más agradable y daba alegría a sus horas de descanso, después de un día de trabajo. Vivían en la misma casa, como dos prometidos, pero no como dos amantes, y Robespierre sólo esperaba el momento "en que concluida y afirmada la Revolución le permitiera retirarse de la palestra para casarse e irse a vivir al Artois, en unas tierras que conservaba de los bienes de su familia, para confundir allí su felicidad oscura con la felicidad común."

Esta vida sencilla, limpia y pura fué una de las causas que más contribuyó a darle su popularidad, recibiendo mercedamente el nombre de incorruptible, "el más bello título a su confianza absoluta en un tiempo en que se desconfiaba de todos" dice un autor.

La pureza de su vida, la firmeza de su carácter, la corrección de sus costumbres, la probidad, enfin, de sus procedimientos, hicieron su nombre inviolable en el pueblo, y que sus mismos enemigos los atacaran con remordimiento, teniendo que recurrir a la calumnia y sin poder nunca probar lo que afirmaban.

Muchas veces se le trató de corromper, muchas veces se le quizo comprar, pero siempre chocaron con un hombre íntegro y correcto, que tenía una fe sobre atural en sus principios y que no los abandonaba jamás por intereses personales.

Robespierre, contrariamente a lo que se cree, no era sanguinario. Deséaba prescindir de la muerte para cumplir la obra regeneradora de la Revolución. Por eso veremos que la noche del dos de Setiembre de 1792, cuando el pueblo, incitado por Marat y contando con el estímulo de Danton, jefe absoluto del gobierno, dió alas a sus intentos sanguinarios y se entregó a los más salvajes crímenes y matanzas, Robespierre no dur-

mió; y como su amigo Sain Just le preguntara la causa de su desvelo, él le respondió indignado: "Dormir, mientras que centenares de asesinos degüellan a miles de víctimas, y la sangre pura o impura corre como el agua en los albañales!...; Oh! no, no me he acostado; he velado como los remordimientos o como el crimen; — si, he tenido la debilidad de no dormir" Estas son las palabras pronunciadas por aquel hombre que es considerado hoy día por muchos como el más cruel de los revolucionarios.

Si bien es cierto que su figura ha pasado a la posteridad manchada con la sangre de muchos inocentes, fué porque llevado a la dictadura por su gran popularidad, tuvo que ceder al populacho, con remordimiento de su conciencia, la cabeza de muchos seres que el pueblo le pedía. Y ese fué su peado, que ha hecho injustamente de su nombre, un sinónimo de la maldad y el crimen.

No pertenecía a ningún partido político, sino a todos los partidos que alternativamente servían su ideal de la Revolución. "En eso consistía su fuerza, dice Lamartine, porque los partidos se detenían y él no se detenía jamás".

Sus doctrinas acerca de la Revolución, no eran más que el ideal político de J. J. Rousseau. "Los principales derechos del hombre, decía, consisten en proveer a la conservación de su existencia y de su libertad. Deseaba la emancipación y organización del pueblo. Para él todos los hombres eran libres e iguales ante la ley, teniendo los mismos derechos y las mismas obligaciones. El pueblo es soberano, y puede relegar su poder en manos de ciertos funcionarios que eláje para que gobiernen y administren justicia. El poder de este gobierno debe ser inmenso, puesto que es el fiel reflejo de las aspiraciones del pueblo a que representa. El día que caiga en manos impuras o pérfidas, la libertad se habrá perdido. "Para que los derechos no sean ilusorios y la igualdad quimérica, decía, la soñedad debe fijar sueldos los funcionarios públicos, y procurar que todos los áudanos que viven de su trabajo puedan asistir a las asambleas públicas donde la ley los llama, sin comprometer su existencia ni la de sus familias". Las cargas del estado debían ser compartidas, según él, por todos los ciudadanos, a medida de su capacidad económica.

El derecho de propiedad privada era respetado por Robespierre. Creía también indispensable que todo pueblo tuviese una religión, una fé. La filosofía religiosa y casi Cristiana de su maestro Rousseau, había encontrado bastísimo ampo en su mente. Es así como lo veremos atacar en la Convención los atropellos hechos a la fé y a la religión, y defender en un célebre discurso la idea de la Existencia de Dios y la Inmortalidad del Alma. "La idea del Ser Supremo y de la inmortalidad de alma, dijo, es una invocación continua a la justicia; por consiguiente esta idea es social y republicana". "Todas las setas deben confundirse en la religión universal de la Naturaleza". "El verdadero ministro del Ser Supremo es la Naturaleza; su templo, el Universo; su culto la virtud, sus festividades el jubilo de un gran pueblo reunido bajo sus ojos para estrechar los dulces lazos de la fraternidad Universal, y para ofrecerle el homenaje de sus oraciones sencillos y puros". "La Idea de la nada: ¿inspirará sentimientos más puros y más elevados que la de la inmortalidad? Un grande hombre, un verdadero héroe, se considera demaciado para complacerse con la idea de su anonadamiento. Un malvado, despreciable a sus propios ojos, horrible a los de otro, conoe que la naturaleza no puede hacerle otro presente más bello que la nada".

Estas eran las ideas de Robespierre. Libertad, Igualdad y Fraternidad entre los ciudadanos, paz entre las naciones, era el código que él pregonaba. Basándose en estas doctrinas, deseaba Robespierre formar un gobierno esencialmente democrático.

Su despejada inteligencia; su sacrificio voluntario al pueblo, que según él representaba la porción oprimida de la humanidad; su incorruptibilidad; su honradez y corrección a toda prueba, su interés apasionado, enfín, hacia una revolución que diese libertad a los oprimidos, igualdad a los humillados, fraternidad a la familia humana y razón a los cultos, hacían de él el personaje más popular de la revolución; y es así como Robespierre llegó a ser poco a poco el único hombre a que el pueblo respetaba. Mirabeau, Barnave, Pethion, Marat, Danton, fueron sucesivamente los ídolos de la multitud, pero de todas esa popularidades ninguna se arraigó más lenta y profundamente en el espíritu de las masas que la de Maximiliano de Robespierre.

Miembro primero de la Asamblea Nacional Constituyente por el Estado Llano, había levantado allí constantemente su voz, siempre defendiendo su ideal, aún contra los más grandes oradores, como Mirabeau, Barnave, Maury, Cazales y los Lameth. Muchas veces sus palabras fueron ahogadas por los murmullos, pero otras tantas veces volvía a levantarse con más bríos.

Quando redactada ya la Constitución del 91 y jurada por el rey el 18 de Setiembre de ese año, la Asamblea declaró que su misión estaba concluida y que terminaba en esos momentos sus sesiones, Robespierre salió de allí entre los aplausos de la multitud, llevando en sus hombros la carga de una gran reputación adquirida a causa de su valiente lucha en favor de la libertad.

Sin embargo, la hora de su dominación aún no había llegado. Quizá era él mismo quien había contribuido a retardarla, al sostener que la Asamblea Nacional debía abdicar en masa, condenándose al ostracismo político. Su moción había sido aceptada, y la Asamblea declaró que ninguno de sus miembros podría ser reelegido para la próxima legislatura.

No perteneció por ello a la Asamblea Legislativa, y durante todo este período continuó actuando en pro de sus ideales, desde la tribuna del Club de los Jacobinos.

Allí lo veremos participar entre la violenta lucha entre jacobinos y girondinos, los partidos que se disputaban el predominio de la Asamblea. Allí lo veremos defenderse de las primeras acusaciones que se le hicieran de aspirar al tribunado. Allí lo veremos también atacar decididamente el proyecto de declaración de la guerra al Austria. Comprendía muy bien este discípulo de Rousseau que la guerra era un crimen para el pueblo, y que en aquellos momentos, por feliz que fuera, sería la ruina de la democracia. Para él la guerra era el asesinato en masa, por la ambición desmesurada de algunos. Creía que si bien era un deber de la Francia propagar en el exterior las nuevas ideas de la razón y la libertad, no era la fuerza el medio de hacerlo. La guerra produciría inevitablemente una violenta reacción patriótica de parte de los pueblos extranjeros, los que no permitirían que se les tratara de imponer por la fuerza las nuevas ~~ideas~~ doctrinas. Sin embargo, en la Legislativa la idea de la guerra se abría camino, y tanto girondinos como jacobinos la deseaban.

Robespierre luchó sólo por espacio de un mes contra toda la Francia, y cuando ya no pudo sostenerse, tuvo que ceder, no sin afirmar que la guerra era el más mortal enemigo de la libertad que tanto deseaban. Mas, la Asamblea no lo escuchó, y aprobó por gran mayoría la declaración de guerra al Austria.

Esta derrota, lo mismo que todas las que sufrió en su carrera política, no lo desanimó en lo más mínimo. Por lo contrario, continuó luchando con entusiasmo, y fué él uno de los que más contribuyó al derrumbe definitivo de la monarquía. A

Al mismo tiempo que Vergniaud, el alma del partido girondino y el mejor orador de la Legislativa, pronunciaba un célebre discurso acusando a Lafayette de aspirar a la dictadura y declarando solemnemente que

la patria estaba en peligro, Robespierre lanzaba un manifiesto al pueblo Francés, en el que denunciaba al rey y a Lafayette. Ambos, sin expresararlo, abrigaban el mismo propósito, de terminar definitivamente con el trono y hacer surgir una República o una dictadura. Estos discursos precipitaron el golpe de estado del diez de agosto de 1792. Las masas se sublevaron, y la Asamblea Legislativa acordó invitar al pueblo a formar una Convención Nacional y suspendió temporalmente al rey de sus funciones, hasta que la nueva institución decidiera sobre su suerte. Se formó un poder ejecutivo en manos de un ministerio compuesto por Danton, Roland, Servan, Clavière y Lebrun. Los girondinos, que estaban en mayoría dominaban completamente. Pero muy pronto sería Danton el jefe absoluto del gobierno.

Entre tanto, desde su manifiesto, Robespierre dejaba marchar la Revolución. Mantenía su política de costumbre, de alejamiento en los momentos críticos. Abandonando los sucesos a sí mismos, los aceptó cuando estuvieron consumados, pero sin intervenir en ningún momento. Con estas políticas su popularidad se vio algo eclipsada por la de otros hombres como Danton y Marat.

Sin embargo, elegido más tarde diputado para la Convención, empezó muy pronto a distinguirse como el hombre más peligroso de esta Asamblea. A causa de ello, muchas veces se le atacó violentamente. Muchas acusaciones se le hicieron, ~~especialmente~~ especial de aspirar a la dictadura, pero todas ellas, unas justas y otras injustas, fueron refutadas por Robespierre, quien de su defensa salió más grande y con más popularidad que nunca.

Un problema de gran importancia se presentó en esta época a la Convención. Abolida la monarquía y declarada la República, a la indización de Robespierre, había que decidir ahora sobre la suerte del soberano. El pueblo pedía su cabeza, y obligadamente, la Convención debería entregársela. Ni los jacobinos ni los girondinos querían esta muerte. Danton, y especialmente Robespierre, no tenían ningún odio contra el rey, y aisladamente nadie deseaba que se llevara a Luis XVI al patíbulo. Sin embargo, uno frente al otro, para parecer más patriota que su rival no se atrevía a manifestar sus sentimientos.

Robespierre fue quien dió el primer paso, pidiendo "que el punto de desunión de todos los franceses, la causa de todas las turbulencias de la República, fuese condenado inmediatamente a la pena que merecían sus maldades" y agregando que la muerte del rey era indispensable a la salvación de la República. El proyecto fue aprobado por una gran mayoría, y la cabeza inocente de Luis XVI, fue a caer en manos del verdugo. Con estos actos Robespierre halagaba al pueblo, el que lo miraba como su verdadero jefe y salvador. Los únicos escollos que le quedaban para ser el dueño absoluto del país eran los girondinos y Danton. Se dispuso entonces a deshacerse de ellos, y empezó acusando a los primeros y pidiendo que se les condenara. Inútiles ~~fueron~~ fueron los vibrantes discursos de defensa hechos por Guadet y muchos otros. Nadie se atrevía a contradecir a Robespierre, y los girondinos fueron procesados y condenados a muerte.

Con la caída de este partido, Robespierre veía cercano el fin que quería dar a la Revolución. Este fin era la Soberanía Representativa de todos los ciudadanos, hija de una elección en un consejo que sería todo el gobierno. Robespierre no aspiraba a dominar, sino a ser el guía y regulador de aquel gobierno popular. Fundarle, experimentar su marcha, organizar sus oscilaciones, asistir a sus primeros movimientos, vivificarle con sus principios y dejarle su alma era todo su ideal.

Basándose en sus ideas esencialmente democráticas, presentó a la Convención un proyecto de Constitución de la República, en el que desarrolla la teoría del gobierno revolucionario, según el tan nueva como la revolución que la había producido. El objeto de este gobierno era el de fundar la República.

En este proyecto Robespierre proponía la abolición de la mendicidad, el impuesto a los ricos, la interposición del Estado entre el productor, en comerciante y el consumidor; la educación primaria obligatoria. "La educación, decía, debe ser como un ambiente que la sociedad da gratuitamente a la respiración de todos los ciudadanos. El trabajo era para él una parte de esta educación, y el cultivo de la tierra debía tener mucha importancia. Se debía enseñar a los niños a leer, escribir, hacer cuentas, principios de moral las leyes del país y la historia de los pueblos. En cuanto a la Religión, el niño debía escoger una cuando su inteligencia estuviera lo suficientemente desarrollada para ello. Robespierre agregaba que para atender a los gastos de esta educación, habría un impuesto proporcional llamado de los niños.

Esta política, cuyo germen podemos encontrar en la filosofía de J. J. Rousseau o en los principios básicos del Cristianismo, fascinaba al pueblo, que veía en Robespierre a un libertador.

Dueño absoluto de la Municipalidad y de la Convención, nada tenía que hacer más que organizar la dictadura que ya poseía de hecho desde hacía mucho tiempo, pero vacilaba al dar este último paso. En su alma existía una duda. "¿Por que he dedicado mi vida, mi pensamiento, mis vigilias, mi palabra mi nombre y mi sangre a la Revolución? decía, Para destronar los reyes y los aristócratas, para restituir el poder al pueblo y para hacer al pueblo capaz, digno de ejercer por sí mismo y por sí sólo sus soberanía nacional. Y, ¿Qué se me propone ayudía que los tiranos y los aristócratas están por tierra y que el pueblo reina por medio de su representación nacional? Que me ponga en el lugar de esos tiranos que hemos destruido, y que restablezca en mi persona, a nombre del pueblo, la derribada tiranía. Es cierto que yo no abuso del poder supremo y que mi dictadura no será otra cosa más que la dictadura de la razón y de la verdad sobre la República; pero habré dado, tomándola o aceptándola, el ejemplo más tentador a los ambiciosos y más fatal a la libertad." Habían además otras causas que lo obligaban a vacilar y que no confesaba. Hombre de ideas más que de acción, tenía el sentimiento de la revolución pero carecía de la fórmula política y no sabía que forma convendría dar a las instituciones revolucionarias. ¡No!, exclamó una vez, yo no he nacido para gobernar, sino para combatir a los enemigos del pueblo." Sin embargo, por último se decidió. Desde el momento mismo en que se preparó para gobernar, todos se dispusieron a obedecerle, aunque en su interior fueran sus enemigos. "Nunca faltan esclavos a los tiranos ni ánimo a la tiranía, dice Lamartine".

Llevado así al gobierno por su gran popularidad, Robespierre intentó refrenar las matanzas y la anarquía, empero, las aceptó como última necesidad. De esta manera se precipitó el terror. "El terror no fué, dice el mismo escritor citado anteriormente, un libre cálculo de algunos hombres que a sangre fría deliberaron un sistema de gobierno. Fué creándose poco a poco en las circunstancias de la tensión de las cosas y de los hombres que colocados por la fuerza de sus ideas uno frente al otro y ahogados por la situación que crearon, no vieron otro desenlace que la cuchilla y la muerte. "

Únicamente para conservar su popularidad, Robespierre permitió que el populacho se entregara a esas matanzas. Fué así como durante este período entregó al pueblo las cabezas de Danton, Hebert, la reina, la familia real, Mme, Rolland, que durante su vida había sido el alma del partido girondino, Camilo Demoulins, André Chernier, el general Custinne y centenares de inocentes que iban a parar a la guillotina por simples sospechas. Estas fatales consecuencias a su fama no debía haberlas aceptado a este precio, y al hacerlo, sólo consiguió precipitarse en un abismo del cual nunca podría salir. Cuando el terror estaba en su apogeo quiso dar un paso atrás, pero ya era muy tarde.

En vano propuso la o

En vano propuso la abolición de la guillotina, la reorganización del tribunal revolucionario para reglamentar el terror y muchas otras medidas, que según él salvarían al país, pues sólo consiguió formarse un crecido número de enemigos. Su popularidad empezó a decaer, y aquel hombre inviolable de un tiempo atrás, a quien nadie se atrevía ni siquiera a contradecir, perdió su gran ascendiente moral. Los mismos que habían sido sus amigos empezaron a conspirar, y las acusaciones en su contra se presentaron una tras otra. En vano Robespierre se defendió en un largo y elocuente discurso. Sus palabras, inspiradas en la verdad, no fueron oídas por la Convención. Cuando el nueve de Thermidor, sube a la tribuna para reanudar su defensa, y dar el último golpe para llegar a la dictadura, declarando a todos sus enemigos enemigos de la república, su voz fué acallada por los murmullos y gritos. Luchó inútilmente para hablar pues las voces de "abajo el tirano" y "muera el nuevo Cromwell", pronunciadas por la Convención entera, le impidieron hacerlo. Después de una tumultuosa sesión, en que todos sus enemigos lo humillaron e injuriaron, y en la que ni siquiera se le permitió decir una palabra en su defensa, fué decretado su arresto por unanimidad. Sin embargo, hecho prisionero con sus amigos, los carceleros se negaron a abrir las puertas de los calabozos para enerrar en ellos al que el día antes era dueño de Francia. Viendo que su influencia aún perduraba, los más fieles compañeros suyos, que lo acompañaron hasta el último momento, le aconsejaron que enviara proclamas al pueblo incitando a la revuelta. Este último recurso de salvación, que casi con seguridad los habría salvado, no fué aceptado por Robespierre, quien prefería morir como víctima, antes que triunfar como faccioso. Hecho prisionero nuevamente, y herido en la mandíbula por un balazo, es llevado a la Convención, donde se le expuso a todas las burlas e injurias de todos sus enemigos. Largas horas estuvo allí, tendido, con la boca chorronte de sangre, oyendo los gritos y sarcasmos de la gente que pasaba por su lado. Llevado por fin a la guillotina junto con su hermano menor, con Saint Just, Couthon, Lebas y veintiuno de sus más fieles amigos, tuvo que escuchar durante el trayecto las burlas y los gritos de aquel pueblo que el día antes lo aclamaba. Llegado al pie del cadalso, Robespierre subió con paso firme y resuelto los escalones del apatíbulo, y esperó, sin decir una palabra, que el hacha del verdugo viniera a poner fin a sus días. La multitud miraba en silencio, y cuando la cabeza de ese hombre a quien hasta entonces había idolatrado cayó con biertade su sangre, aplaudió larga y entusiastamente. Así son las masas, está siempre dispuestas a sacrificar a aquel hombre a quien horas antes han llevado al poder. Muerto Robespierre, su partido desapareció, y como él mismo había dicho, la República moría con él, el 27 de Julio de 1794.

Este fué el fin de Robespierre. Hombre de principios, había luchado durante toda su vida para imponer el reinado de la democracia. Su juventud, su felicidad, y por último su propia vida, las sacrificó en su combate contra el despotismo y el vicio. Quiso ser el modelo del patriota, tal como él lo concibiera. "uno hombre íntegro y magnánimo, en toda la extensión de la palabra." Luchó constantemente, aun con hombres de más condiciones y de mayor valía que él, pero a todos se impuso porque tenía a su favor la gran cualidad de ser un hombre puro. "Los enemigos de la República son todos los hombres corrompidos", decía. Este gran mérito, el mayor de todos los suyos, que le dió el nombre de incorruptible fué la causa de su fama y de su triunfo pues el pueblo vió siempre en él a un hombre correcto e íntegro, dispuesto a sacrificarse por sus ideas y en el cual podía tener plena confianza.

confianza.

m Sin embargo, al lado de este mérito figura un pecado que manchará su nombre eternamente. Hombre de un gran carácter no supo conservarlo cuando le fué más necesario, y deseoso de acrecentar su popularidad no impidió, como debiera haberlo hecho las matanzas y crímenes que en su nombre se cometieron.

La Historia nos muestra el caso de muchos hombres, que aceptando o efectuando actos que no estaban de acuerdo con su conciencia, no han podido más tarde detenerlos, o a hacerlos, sólo han logrado ~~conseguir~~ seguir su caída.

Así Robespierre. Hecho por el pueblo jefe absoluto del gobierno, se ció obligado a ceder antes las peticiones de éste durante más de un año, cometiendo con repugnancia atos culpables para no perder su popularidad. Entregó a las multitudes, a cambio de su apoyo y su favor, las cabezas del rey, de la reyna y la familia real, de los girondinos, de Dantón y de muchos otros, unos inocentes y otros víctimas de sus propios actos.

Mas, cuando trató de contener la anarquía, cuando quiso ~~contener~~ refrenar las matanzas y los actos salvajes del populacho, fracasó en su lucha ontra el terror, porque no había conquistado, resistiéndolo desde el principio, el derecho y la fuerza para dominarlo. Fú así como se precipitó violentamente su caída, y ese mismo pueblo y esos mismos hombres que el día antes lo aplaudían y adulaban llevaron su cabeza a al canastillo del verdugo.

Tal ~~esta~~ la historia de este personaje, cuyo nombre hastaahora no se ha podido definir. Fué Robespierre durante mucho tiempo el servidor oscuro de la Revolución, luego su favorito, más tarde su dueño y por último su víctima.

PATRICIO AYLWIN AZÓCAR:

JULIO DE 1935.

www.archivopatria.cl